

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

DEL CULTO A LA VIOLENCIA

La práctica reformista, ya sea política o gremial, no es obra exclusiva del socialismo democrático. Acostumbrados a juzgar el problema de la revolución según sus apariencias externas — el método de lucha, el lenguaje y los gestos de cada profeta o pastor de secta —, hemos llegado a considerar revolucionario todo lo que se exterioriza en forma violenta y lleva al pueblo las pasiones tormentas del instinto... Pero hechos tenemos en la historia que nos demuestran que también con la violencia de abajo se afianzan los despotismos sociales y se aceleran las más brutales reacciones.

El culto a la fuerza no es el culto a la revolución. La violencia no realiza por sí misma ninguna clase de progreso. Y pueden los más decididos cultores de la revuelta, los caudillos de masas y los tejedores de conspiraciones llegar también a realizar un paso atrás en la marcha de los pueblos, creyendo que dan un paso adelante. Por otra parte, la misma negación de la autoridad, de la ley, de la soberanía del Estado oculta muchas veces un propósito autoritario de restauración legal y afianzamiento de las instituciones políticas que se combaten.

Cuando un gobierno en crisis no ofreció a sus castas privilegiadas suficientes garantías, surgieron los caudillos populares, los jefes de revoluciones que dieron por tierra con el viejo régimen y reedificaron sobre sus cimientos el nuevo edificio jurídico y económico. Y fueron los mismos gobernados, la plebe sumisa y depauperada, los esclavos llevados a la revuelta con la promesa de mejorar su precaria existencia los que sirvieron de argamasa para esa reedificación del secular y cien veces transformado Estado.

Las revoluciones políticas contaron siempre con el apoyo de las masas y fueron en cierto modo el resultado de aspiraciones e ideas difundidas en el pueblo por hombres de preclaro entendimiento y de sanos propósitos. En el deseo del pueblo por modificar las condiciones sociales que repudian sus sentimientos, está el origen de todas las protestas y revueltas colectivas. Pero esos esfuerzos los aprovechan los profesionales políticos, los empresarios de revueltas y los oportunistas a la pesca de un privilegio, y el pueblo sufre un nuevo desengaño y se entrega otra vez a su impotente desesperación.

Sin necesidad de recurrir al ejemplo de épocas remotas, tenemos en la actualidad un hecho que nos demuestra con sobrada elocuencia ese

repetido fracaso de las revoluciones triunfantes... Como exponente de fuerza, como explosión violenta de la indignación popular acumulada en el corazón de un pueblo flajelado sin misericordia por el látigo zarista, el hecho ruso es quizás el más importante de la historia. Con formidable ímpetu, el proletariado rompió los diques de la autoridad y precipitó en un día la caída de instituciones que se afianzaban en seculares cimientos. La fuerza obró el milagro de vencer a la casta dominante y de libertar al pueblo de la opresión inominosa. Pero lo que la violencia

no solucionaron los edificadores del nuevo Estado. La violencia de abajo fué el elemento que provocó la destrucción del viejo régimen; pero también esa violencia, disciplinada por los jefes de la revuelta y canalizada de acuerdo con una determinada norma jurídica, sirvió para imponer al pueblo un nuevo despotismo y remachar las cadenas de su esclavitud.

Constatamos, pues, que un partido de revolución, si triunfa, se transforma en gobierno, y es necesariamente reaccionario cuando está obligado a representar el papel de juez y de ár-

Si el Estado existe, es también una realidad el sistema del salario, y la desigualdad en las condiciones económicas no puede ser nivelada con una supuesta igualdad política.

El reformismo socialista — la teoría de Marx llevada al terreno de la acción parlamentaria o aplicada a la solución del problema social mediante un golpe de Estado — puede tener también un aspecto ilegal y violento. Pero siempre se ajusta al concepto clasista, por lo que es antiburgués y antiestatal de acuerdo con el propósito enunciado en la teoría de la conquista del poder político para transformar al Estado en un instrumento de emancipación proletaria y de igualdad social.

Los neocomunistas no van más allá en sus prácticas subversivas. Por razones tácticas y estratégicas, por oportunismo más bien, aceptaron el medio violento para llegar al fin marxista: la conquista del poder. Pero la revolución que propician esos reformadores, debe tener como epílogo la creación del Estado obrero... afianzado sobre las espaldas del proletariado. El mismo concepto jurídico de la dictadura, aun cuando pretendan distinguirla del despotismo más ignominioso dándole el calificativo de "proletaria", es un equivalente de la razón de Estado o del principio de autoridad sostenido por todos los gobiernos.

No debemos hacernos ilusiones. El marxismo no puede arribar a conclusiones políticas y económicas contrarias a su doctrina. Y poco importa que haya marxistas que hagan un culto de la violencia y basen en la acción revolucionaria del proletariado la conquista del poder. La violencia, si bien es cierto que empuja a la historia, no es la que escribe sus páginas magníficas. Y si de la violencia se hace el método para cambiar las castas gobernantes, es menester reconocer que esteriliza las energías creadoras del hombre y desvía de su cauce la evolución moral de los pueblos.

Estos irios soñadores que viven en el pasado, en los tiempos muertos, respirando como perfumes los miasmas de las fosas; les embriaga lo que fué y les lastima lo que es; su ideal tiene ojos de cadáver. Desean clavar los hijos de los señores a los pies de los hijos de los señores; que sea el cadalso eterno, lo mismo que el infierno; desean la perpetuidad de todas las esclavitudes; para ellos el único derecho del ser consiste en haber sido; el cementerio es su única claridad y la tradición su única atmósfera. Lo mismo que hizo el abuelo debe hacerlo el nieto; he aquí su sistema. Detrás de estos doctores fúnebres solo queda el pasado proyectando su negra sombra.

Victor HUGO

RENCILLAS DOMESTICAS



—Jhon Bull—Te quedas? Mira, Mariana, que me enojo, me voy y te dejo! (No hay peligro, están bien agarrados).

destruyó no fué capaz de crearlo el cerebro, la acción consciente de la masa eneguecida por su momento, neo, triunfo.

Teniendo únicamente en cuenta los aspectos materiales de la revolución rusa, llegaríamos a considerar que su triunfo significa una conquista positiva para el pueblo. Pero es necesario no olvidar el problema moral emergente de esa revolución y que

El Estado es la violencia organizada, la injusticia hecha ley, el despotismo llevado al extremo de la hipocresía y la inmoralidad. ¿Qué importa que una revolución destruya el Estado burgués si en su lugar edifica un nuevo Estado? Para esa entidad política que ejerce un dominio absoluto sobre la mayoría despojada, carecen de valor los términos "burguesía" y "proletariado".

LA PROTESTA diario y EL SUPLEMENTO semanal, \$ 2.00 por mes.

NOTAS

Sindicalismo

Por fuerza tiene que sernos cada día más antipática esta palabra a los anarquistas. Es como un hijo del que nos vemos obligados a renegar, porque a medida que crece va evidenciando su tendencia a repudiar las ideas que creíamos haberle inculcado. Es un hijo que nos hecha en cara nuestras ideas libertarias y nos amenaza hacerse vigilante y meter nos en el calabozo.

Efectivamente, el sindicalismo ha levantado bandera de guerra contra el anarquismo, contra lo que le dió vida haciendo algo de la nada; el instinto se ha vuelto, agresivo, contra el ideal. Lo que no es más que un plan de lucha contra el actual sistema económico, se ha engreído creyéndose un ideal capaz de organizar un sistema de convivencia social y ha declarado que se basta a sí mismo.

Un ciego que pretendiera largarse sin guía por un terreno desconocido, no haría un papel más ridículo que el sindicalismo con sus desplantes de mulo infatuado.

Los que han creído que el sindicalismo es algo, así despojado del ropaje ideológico, y que en nombre de ese algo llegan hasta el repudio de la finalidad anarquista, ignoran o fingen ignorar que los anarquistas le dieron vida, beligerancia y empuje al sindicalismo y que sin ellos aquél no habría sido nada, como ro será nada despojado de nuestras ideas.

Y los anarquistas que se sientan solidarios con esa tendencia del sindicalismo, es que no han sentido nunca el ideal en su verdadera amplitud; no han pasado más allá de políticos sindicalistas.

El anarquismo militante quiere, por sobre todo, las definiciones. Los enemigos, que sean declarados y no que actúen en nuestras filas y a nuestra vera. Seanos de una vez anarquistas partidarios del sindicalismo, o sindicalistas enemigos del anarquismo.

Una fama bien infame

La policía de Buenos Aires tiene fama, como todos saben, de ser una de las mejores organizadas del mundo, la más hábil, experta y mejor dotada. Es una fama bastante infame, por cierto; y ese prestigio miserable la hace aun más temible, ya que para mantenerlo no deberá escatimar sacrificio ni dejará infamia por cometer.

Peró la policía de Buenos Aires pone en ridículo sus prestigios con demasiada frecuencia, aunque ella, lo mismo que sus sostenedores, sostienen la doctrina de que el ridículo no alcanza a las instituciones del Estado...

Actualmente y a raíz de la evasión producida en la Penitenciaría Nacional, la fama de la policía fué puesta a prueba y fracasó en todas sus partes. A pesar de todos sus recursos, públicos y secretos, de los fondos económicos que derrocha con prodigalidad, a pesar de los miles de soplones, espiones y rufianes que la secundan, la policía porteña probó carecer de todas las cualidades que se le atribuyen: ni experta ni hábil, ni mejor dotada ni mejor organizada que las que sirven a los burgueses de otros países. Un instrumento de fuerza, un miserable instrumento de tortura y nada más.

Esa que la fama de la policía de Buenos Aires ha sido adquirida en las ofici-

nas oscuras del Departamento Central martirizando a los presuntos delincuentes, tomando del montón uno o varios individuos y flajelándolos durante ocho, diez o quince días, hasta que se "declaran" culpables. Con este sistema nunca ha fallado la pesquisa policial.

¡Ah, pero la captura de los prófugos es mucho más pelaguda que la de los autores de un delito! Aquellos no se puede sacarlos del montón y decirle a la burguesía: ¡hechos aquí! Aquellos hay que hallarlos en realidad!

Guerra Junqueiro

El periodista portugués Agostinho de Campos, pluma católica apostólica romana que colabora en uno de los "colosos" locales, nos descubre las chocheas morales de los últimos tiempos del poeta Junqueiro.

Por él sabemos que el autor de "La vejez del Padre Eterno" estaba grandemente arrepenido de haber escrito este valiente libro, habiendo ilegado a profirir en conversación con sus amigos la tremenda herejía ideológica siguiente:

"Yo he sido, debo declararlo, muy injusto con la Iglesia. "A vejelice do Padre Eterno" es un libro de juventud. No lo escribiría ya a los cuarenta años. Lo inspiré y lo dicté mi espíritu cristiano, lleno aun de un racionalismo desviado, de un racionalismo de ignorancia estrecho y superficial. Contentando bellas cosas, es un libro malo y muchas veces abominable".

Es verdaderamente lamentable que ciertos hombres de talento se reblandezcan a la vejez hasta el extremo de abominar de los mejores frutos de su inteligencia y pretendan, torpes, arrancar con mano trémula de cobardía las mejores páginas de su juventud.

Peró si es verdad lo que se le atribuye a Junqueiro, si el poeta osamenta renegó del poeta flor, del poeta combate, nosotros declaramos con franqueza que recogemos y hacemos nuestras las páginas viriles de "A vejelice do Padre Eterno". En nuestro carcaj de combatientes por la libertad y la redención de la humanidad, los versos despreciados por el viejo chocho tendrán el lugar que les corresponden.

Luis Fabbri - "Cartas a una mujer"

(Un volumen de 112 páginas)

SUMARIO:

Prefacio a la edición española. — Anarquistas y Anarquía. — Los anarquistas y la violencia. — Anarquía y revolución. — Los anarquistas y los otros partidos. — Los anarquistas y la legalidad. — Los anarquistas no son utopistas. — Los anarquistas son socialistas. — El socialismo anarquista. — El consumo y el trabajo en la Anarquía. — La organización del trabajo en la Anarquía. — Anarquía: ausencia de gobierno. — Los anarquistas y la moral. — Las pasiones en la Anarquía. — La familia burguesa y los anarquistas. — Las mujeres, el amor y la familia en la Anarquía. — La educación de los niños en el anarquismo. — Los anarquistas y la religión. — Dioses y curas en la Anarquía.

EL ESPÍRITU MILITAR

En el círculo militar de una pequeña ciudad de guarnición. Un cirujano mayor y un comandante, solos, sentados frente a frente, en la vasta sala. Ante el comandante, un cirujano más bien liviano; ante el cirujano mayor, un quinquado.

El Comandante.—No sabría decirte, viejo, cuán contento estoy. Esta vez las cosas vienen bien.

Cirujano.—¿Bien? Me causas miedo. Com.—Oh gallina!... desde el Liceo te he conocido siempre así. Siempre sonriendo con arreglar a los hombres.

Cir.—Y tú, en romperles algo.

Com.—Para lo que valen cuando están enteros!

Cir.—¿No haces una pequeña excepción en tu favor?

Com.—¡En mi favor!... Esto lo sabré después de la guerra. Excepciones las hago, naturalmente. Algunos hombres, muy raros, tienen un valor real e impresionante. Los Turénne, los Federico, los Napoleón, los Moltke...

Cir.—Si el genio militar no hubiese aparecido nunca en el mundo, no vería en ello un gran inconveniente.

Com.—¡Porc, pobre amigo mío, se le quitaría al mundo su gloria más alta! El mundo sería monótono y aburrido!

Cir.—Tus maneras de desaburrirte...

Com.—¿No sientes, infeliz, que hablas contra tí mismo?

Sin la guerra, ¿qué sería de la cirugía? Cir.—No esquivó el trabajo que se presenta, pero por bien presentado que esté, el hombre, tal como sale de mis manos, no vale nunca, absolutamente, me parece, el hombre que era. Y yo preferiría sobre todo, que Vds. no me diesen mucho trabajo.

Com.—Ya no se trata de tus preferencias. Prepárate a trabajar como nunca.

Cir.—Estoy siempre listo.

Com.—Y en paisajes que tú no conoces mucho. Te enseñaremos un poco de geografía, viejo ignorante. La primera ambulancia, ¿sabes tú donde la veo?

Cir.—Los pensamientos de los militares me han parecido siempre difíciles de adivinar. Hace tiempo que ni lo intento siquiera.

Com.—Desde el comienzo trabajarás en Mulhouse, a menos que no sea en Colmar. Tu segunda ambulancia oírás, cuando el cañón silencie, el murmullo de las aguas del Rin. Nuevamente el Rin llenará nuestras copas.

Cir.—Eres menos loco que los locos que en 1870 gritaban: a Berlín! a Berlín!

Com.—Berlín?... probablemente no tendremos tiempo para ir nosotros mismos. Para ese viaje los rusos tienen nuestra delegación. A los cuarenta y cinco días después de la declaración de la guerra...

Cir.—A los cuarenta y cinco días! Vds. tienen precisiones que me asustan.

Com.—La guerra moderna es una matemática en acción. La exactitud de nuestros cálculos la admirarás durante la guerra. Se puede prever la marcha y el retorno de un cometa, y tú quisieras...

Cir.—El cometa no choca diariamente, con otro cometa.

Com.—Las facultades de resistencia y las facultades de penetración de los diversos ejércitos, ¿por qué han de ser menos calculables que la resistencia de las atmósferas o que...

Cir.—A mí me parece que en la guerra entra un poco el azar.

Com.—¡Un sabio que habla de azar!

Cir.—Comprende. No todo es calculable. ¿No era Bismark que hablaba de la influencia de los imponderables?

Com.—Los imponderables están de nuestro lado. Si los rusos ganávan algunos días sobre nuestros cálculos, eso no nos asombraría mucho. En cuanto a lo contrario, imposible. Piensa que arrojarán sobre Alemania el aplastamiento progresivo de doce millones de hombres.

Cir.—¿No es eso más bien una multitud que un ejército?... ¿Para qué les ha servido su número en la guerra contra el Japón?

Com.—Han progresado enormemente,

después.

Cir.—¿Tienes la certeza?

Com.—Absoluta.

Cir.—¿Estimas su comando?

Com.—¿Por qué no?

Cir.—He oído decir que los oficiales rusos no eran de una probidad escrupulosa. ¿El capitán no aumentará la cifra de sus hombres? ¿El coronel la cifra de sus compañías? ¿El general?...

Com.—¿Si escuchas semejantes charlas!

Cir.—Temo que los doce millones de soldados rusos que están en el papel no estén sobre el terreno.

Com.—Estarán.

Cir.—Temo que los que estén sean conducidos por asnos, y por asnos borrachos. ¿Cuántas veces generales y capitanes estarán completamente borrachos en la hora de la acción oportuna?

Com.—Termina de insultar a oficiales y hermanos de armas.

Cir.—Si llevas tu coraje hasta garantizar la sobriedad de la aristocracia rusa...

Com.—¿Crees acaso que el oficial alemán no bebe también? Pero hay beber y beber. A mí mismo un poco de ajeno me aclara las ideas.

Cir.—Hablemos seriamente.

Com.—Seriamente los rusos no tienen ahora sino un defecto. Pero depende en gran parte de necesidades geográficas. Su movilización es de una lentitud...

Cir.—Durante esta movilización, ¿no temes que todas las fuerzas de la Triple se nos echen encima y nos aplasten sin remedio?

Com.—Ese es el cálculo y la esperanza del enemigo. Pero se pone los dedos en los ojos! Italia? agotada por su campaña de Libia. Todo está desorganizado en ese pobre ejército que ha llegado siempre a hacerse bálit por no importa quien, hasta por los austriacos. Los austriacos tampoco tienen valor militar. Pocas tropas bastarán para defender los pasos de los Alpes. Y contra Alemania, adversario serio, desde el primer día tomaremos la ofensiva...

Cir.—¿Seguro?

Com.—Y en condiciones estupendas, como dicen esos señores de la Academia. Alsacia, siempre francesa de corazón...

Cir.—Yo no conozco nada. No es mi oficio. ¡Felizmente! Pero he oído decir siempre que el ejército alemán es una máquina formidablemente construida.

Com.—En un duelo entre el ejército francés y el alemán el resultado final sería, quizá, dudoso. Nos son demasiado superiores en número. Pero por lo demás...

Cir.—La superioridad del número la tendrán mucho tiempo, durante la movilización rusa, que tú dices lenta. Y tendrán siempre su rigurosa disciplina, y siempre...

Com.—No tienes en cuenta nuestro ardor, nuestro impulso, la iniciativa, de la cual es capaz cada uno de nuestros hombres?

Cir.—Y nuestros rápidos descorazonamientos y nuestra falta de tenacidad...

Com.—¿Cuándo terminarás de calumniarnos favoreciendo la pesadez alemana?

Cir.—Cuando tengas en debida cuenta a la ligereza francesa.

Com.—Hay palabras anacrónicas a las cuales ya no se responde sino encogiéndose de hombros... ¡Si tú supieras cómo es de superior nuestra artillería! En cuanto a nuestros oficiales dan un desmentido magnífico al prejuicio que nos acusa de ligereza; son, simplemente, incomparables.

Cir.—¿Quién lo dice? ¿Nuestros oficiales?

Com.—Te repito cosas que tú solamente ignoras después de la guerra de los Balcanes. Nuestros cañones impusieron silencio a los cañones comprados en Alemania.

Cir.—Podría ser que nosotros exportáramos nuestra mejor mercadería y que los alemanes vendieran la peor que tienen.

Com.—Hipótesis ridícula. ¿Supones a sus industriales meriós ávidos que los nuestros? En cuanto a las tropas instruidas por oficiales franceses, se han mostrado en tal forma superiores a los soldados instruidos a la alemana

Cir.—Esas son las grandes razones por las cuales nuestro Estado Mayor desea la guerra?

Com.—Si no te bastan, eres difícil. Qué ciego, no se sentiría deslumbrado por esas espléndidas promesas de revancha?

Cir.—Admiro la facultad de simplificación de los soldados, y, como siempre, vencedores por anticipado sobre el papel, se hacen derrotar por la complicidad imprevista de las situaciones y los acontecimientos.

Com.—Al diablo si comprendo lo que quieres decir...

Cir.—Admiro vuestra manera de despreciar eso que llamáis desdenosamente la psicología.

Com.—Te burlas de mí!... Precisamente cuando termino de alabarte en términos más modernos y más franceses, la famosa furia francesa... ¿Qué general es el que no tiene en mucha cuenta la moral de sus tropas y la del adversario?

Cir.—Vds. no piensan que mandados a la alemana nuestros soldados marcharían mal, y que, amargados e irritados, llegarían hasta la revuelta; pero bajo oficiales franceses, los soldados alemanes, que piden ser impulsados, y no ser arrastrados, quedarían casi inertes?

Com.—Es posible.

Cir.—¿No piensas Vds. que el método francés, amable y persuasivo, penetrante y exaltante, puede resultar mejor sobre extranjeros que el método alemán?

Com.—Es, al contrario, lo que yo trato de decirte.

Cir.—Y Vds. no piensan que entre el método del oficial alemán y la naturaleza del soldado alemán, puede haber esta blecida una armonía rigurosa?

Porque la combinación: oficiales alemanes y soldados alemanes se ha manifestado mediocre, a Vds. no se les ocurre que la combinación: oficial alemán y tropa alemana, pueda dar resultados precisos, formidables, quizás pesadamente irresistibles.

Com.—Y tú no piensas que si nuestro Estado Mayor desea la guerra es porque, después de haberlo calculado todo, está seguro de la victoria.

Cir.—Si la guerra estalla, es porque los dos estados mayores prometen la victoria a sus gobiernos respectivos. Cuando de un lado o de otro se vacía en afirmar que no falta nada, no se baten. ¿Cuál es el lado que hoy se equivoca?

Com.—Olvidas en verdad demasiado que la confianza en nuestros jefes es una virtud patriótica.

Cir.—La confianza en los jefes alemanes es sin duda virtud patriótica del otro lado de los Vosgos. Permíteme a mi patriotismo no tener las mismas exigencias que el tuyo o el de un yunker! Con una confianza moderada saludo a los Leboef de hoy, día. Por otra parte mis sentimientos de humanidad...

Com.—Tus sentimientos de humanidad tendrás ocasión de practicarlos con los heridos. Pero permitirás que yo, por mi parte, durante la guerra, me ria de tu humanitarismo y no pretendas que el Estado Mayor lo haga entrar en sus cálculos. Lo falsearía todo y solamente las consideraciones de orden militar...

Cir.—Los hombres...

Com.—Los hombres, para un militar, son medios para la victoria y nada más. Que se trate de él o de otros, sufrimiento y muerte no cuentan. Según el proverbio que citaba Napoleón, con una sublime familiaridad al monte del monte San Bernardo, no se hace una tortilla sin romper los huevos.

Cir.—Los huevos que tú propones romper son extrínsecos: huevos que piensan y que sufren.

Com.—A pesar de lo que dice Nietzsche, no tiene nada de nuevo y las naturalidades generosas han conocido siempre esta tabla de la ley. Hagámonos duros.

Cir.—Esa palabra alemana...

Com.—La haremos francesa.

Cir.—¿No serás tú el que se ha hecho una mentalidad alemana? Cuando un hombre de mi país desea la guerra, sufre el sentimiento y la afrenta de la peor derrota, la de la razón y del corazón. Cualquiera que desee la guerra no me parece que pertenezca a la dulce Francia; me parece conquistado por las concepciones alemanas y bárbaras. Me parece...

Com.—¡Hist! Vienen camaradas... Hablaremos de otras cosas. O más bien, si quieres, hagamos una jugada de ajedrez. Para probarte que mis cálculos valen

siempre más que los tuyos, te cedo una torre.

(Dos meses más tarde, sobre las orillas del Aisne. El comandante es ahora teniente coronel.)

Tte Cor.—(frotándose las manos): Esto marcha y no ha terminado todavía. Durará bastante para que llegue a general.

Cir.—A pesar de nuestra vieja amistad yo no lo deseo.

Tte Cor.—¿Por qué?

Cir.—Tus galones nos cuestan algo caro.

Tte Cor.—Me parece que por mi energía, mi iniciativa, mi desprecio por el peligro, y en ocasión mis *trouvailles* tácticas, soy yo quien los ha pagado.

Cir.—Tú y algunos otros. ¿Cuántos muertos han costado los que acaban de darte, sin contar la catedral de Reims?

Tte Cor.—Al contrario, contémosla. Y proclamemos bien fuerte que la victoria no cuesta nunca mi cara.

Cir.—Lo que no cuesta nunca bastante es la paz.

Tte Cor.—Ah! incorregible sensible! Me harás avergonzar. Tú que perteneces al ejército desde tu juventud, ¿cómo tienes aun tan poco espíritu militar?

Cir.—Es quizá, como dice el otro, para conservar algo de humano.

Tte Cor.—Est ejército al cual has entrado por libre elección...

Cir.—¿Acaso pertenezco al ejército tal como tú lo entiendes? Soy, acaso, un instrumento de guerra, como un coronel o un cañón? Soy de los que limitan la guerra y me esfuerzo en combatirla en sus odiosos resultados.

En mi acción como en mis sentimientos permanezco un enemigo de la guerra.

Tte Cor.—Yo me encodo de hombros; hago esfuerzos para continuar valiendo más que tú, hasta por amplitud de espíritu. Te comprendo y tú rehusas comprenderme. Sin embargo, los dos nos completamos, y como dicen en mi pueblo, se necesita toda clase de hombres para hacer un mundo.

Cir.—Un mundo que la guerra disminuye y afea. Ella destruye la belleza en el alma humana como sobre la faz de la tierra.

Tte Cor.—¿Conoces belleza más bella que el coraje?...

Cir.—Un tigre es valiente y también un bulldog. El coraje guerrero, el coraje que afronta el dolor y la muerte porque que-

re herir y matar, el coraje hecho de odio y de reflejos vengadores, es cosa animal y sin nobleza.

Tte Cor.—Nosotros lo convertimos en humano con la sangre fría, con la ciencia y sus cálculos.

Cir.—Brutalidad de lecho o astucia de zorro...

Tte Cor.—Llevarás tu amor a la paradoja y tu espíritu de contradicción hasta comparar: nuestra ciencia?

Cir.—No juzgo a los seres por la cantidad de habilidad o fuerza que poseen. El uso que hacen de ellas, sus intenciones, la dirección...

Tte Cor.—Anda, moralista!

Cir.—Amo el coraje del camillero.

Tte Cor.—¿Para qué serviría sin el nuestro?

Cir.—Tienes razón. ¿Para qué servirían los manicomios sin la locura?

Tte Cor.—Tú sí que eres loco. Tu filosofía, engaño pretencioso y manto que se echa sobre la demoralización y la impotencia. El vencido y el débil, si les falta ánimo, que prediquen el pacifismo.

Cir.—En la humanidad débil y ávida que vosotros contribuís a formar, es cierto, casi solamente los débiles y los vencidos alaban la justicia y la piedad. Cuando creen convertirse en los más fuertes, hablan entonces de revancha, y su corazón infame, su corazón de represalias, se promete ser, el día de la victoria, injusto y sin piedad.

Tte Cor.—Puesto que ellos no valen más que los otros... ¿por qué te pones voluntariamente con ellos? ¿Por qué hablas en un lenguaje que ellos quisieran renegar?

Cir.—Esa lengua es el único que puede revestirse de belleza humana. En la boca del mártir que sabrá en la ocasión negarse a ser verdugo, ese lenguaje es el único que...

Tte Cor.—Gloria! Victoria! palabras resplandecientes como soles.

Cir.—No, como incendios.

(Un largo silencio, luego por ambas partes de sonrisas indulgentes)

Tte Cor.—Te acuerdas de nuestra conversación en el círculo de la víspera de la guerra?

Cir.—¿Si la recuerdo!

Tte Cor.—Tú ceguera creía en la victoria alemana.

Cir.—¿Cuál de los dos era el más ciego? Sin ciertos detalles que tú ignorabas tanto como yo, yo no tenía sino mucha razón.

Tte Cor.—Lo sé. No podíamos prever aun la neutralidad de Italia, la heroica resistencia belga, el apoyo tenaz de Inglaterra. No sabíamos hasta qué punto Dios estaba con nosotros.

Cir.—Aparta esos triunfos de nuestro juego, la jugada ya estaba perdida.

Tte Cor.—Posible.

Cir.—A pesar de esa suerte imprevista, me parece que estamos un poco lejos de las esperanzas que expresabas. El agua que corre ante nosotros no es la del Rin. Y esos rusos que tú velas en Berlín 45 días después de la declaración de guerra, ¿están?

Tte Cor.—Si nosotros no conociéramos todas nuestras ventajas, ignoráramos también algunos obstáculos que pesan. La ametralladora alemana es más mortífera de lo que se había pensado. En cuanto a su artillería de sitio, ¿quién podía sospechar esa enorme potencia a la cual ningún fuerte resiste?

Cir.—He aquí la demencia del Estado Mayor. Jamás sabé hasta qué punto Dios está también con el enemigo. Jamás sospecha que el juego del adversario puede contener cartas desconocidas y terribles.

Tte Cor.—El Estado Mayor alemán no ha sido menos sorprendido con el valor de nuestro cañón de 75 milímetros.

Cir.—Me permitirás no sentir por el Estado Mayor alemán más respecto que por el Estado Mayor francés.

En no importa qué país, el hombre que desea la guerra me parece enormemente loco.

Tte Cor.—Si todo el mundo pensara como tú, ¿entonces habría siempre paz?

Cir.—Ciertamente.

Tte Cor.—(encogiéndose de hombros)

—Entonces, para qué serviría, mi pobre amigo, el ejército?

HAN RYNER.

(Concluído)

El Estado está en absoluto desacuerdo con el principio según el cual se forma. El Estado se conduce como ninguna familia jamás se conduciría. Es frío, atroz sin compasión, terrible. Los animales más viles no obrarían nunca como el Estado. El Estado mata, deshonra y devora a sus miembros. El Estado es un monstruo indecible, salido de alguna idea absurda y horrible, salido de la mentalidad compleja de las multitudes. — Bart KENNEDY



La autoridad. Andando, promovedores de desorden... El proletariado. El culpable es ese que me roba con la ley de su fabricación. El anarquista. — Fuerzas te sobran para libertarte por tí mismo. Proletario, vuelve esa cabeza!

PAGINA DE ARTE

CHARLAS SOBRE EL ARTE

Hay gente, y gente que vive del arte, que, por desconocer en absoluto verdades esenciales, cree posible crear artificialmente una escuela, un estilo o lo que sea, partiendo de ideas circunstanciales y transitorias. Tales los que creían en la nueva expresión del arte en Rusia, a raíz de la Revolución y por simple táctico decreto, tales los que esperan aquí en un arte nacional, como si el arte residiera puramente en el aspecto exterior de la obra de arte y como si este aspecto, el verdadero; no fuera el resultado de complejas y lentas evoluciones tanto fisiológicas como morales, entendiéndose por estas a todas las adquisiciones intelectuales sometidas o subordinadas al deseo de progreso y de perfección humana.

Desde la imitación más banal a la interpretación más depurada, desde la silueta gráfica y simbólica a la concepción de la forma, del espacio, hay infinitos matices que corresponden a tantas gradaciones de conocimiento en todo orden. Ni Rembrandt es holandés, ni Velazquez español ni Leonardo italiano — por lo menos es inadmisible en ellos la aplicación de los caracteres diferenciales de las escuelas de sus respectivos países.

En verdad, en el fondo, con las artes plásticas nacidas de la imitación de la naturaleza — el hombre dice sensaciones que no han encontrado ni encontrarán equivalentes en el lenguaje. No es un árbol, como más o menos pintoresco, el que nos hará sentir la vida intensa, oscura,

retórica) que en el fondo no dicen nada, porque quien las dice no tiene nada que decir, sea uno de esos prosistas secudos de giros ampulosos o uno de esos poetas que hacen juegos malabares con las rimas y fuegos de artificio con los símiles y figuras, en pintura también hay maneras de pintar que corresponden a esas modalidades, puramente mecánicas y exteriores y sin sentimiento.

El idioma no influye en la calidad substancial de las ideas que expresa. Los grandes hombres se escalonan en la historia por la altura de lo que han dicho y no como lo han dicho, y los grandes artistas por su amplitud de sentir — la escuela, el color, la región son caracteres, aunque importantes, circunstanciales y transitorios.

El cambio de la organización social ha-



LEONARDO — Cabeza de mujer.

Ciertamente cada época imprime a sus obras un aspecto especial. Su fácil comprobación excusa ejemplos, pues no es difícil percibir la relación sutil que existe siempre entre tal aspecto y tal época, y a qué ideas y sentimientos generales obedece. Pero si los determinantes inmediatos — clima, raza, costumbres — prestan a la obra los caracteres superficiales de una escuela, de una época, los maestros, los grandes artistas tienen un aspecto interior íntimo y profundo, que está por encima de las circunstancias inmediatas y que obedece solamente a los ados de conocimiento, de perfección moral y mental. La visión del mundo y del hombre, el concepto de la vida, que tiene un artista, una escuela, una raza, es la que determina su percepción de la realidad.

admirable y misteriosa. Este sentimiento no depende tampoco del país, del sol, de la niebla u otras circunstancias de tiempo y espacio — aunque ellas puedan influir — sino de la capacidad mental, de la sensibilidad poética del que mira. Un árbol pintado puede ser un signo, una idea particular o general dentro de una visión común, y puede ser — según quien lo transponga — la síntesis de múltiples sensaciones profundas, madres de ideas y reflexiones. Todo lo que siente el artista, lo que piensa, su obra lo dirá, para el que sea capaz de sentir y pensar como él, como pasa también con el lenguaje hablado o escrito.

Y así como en el lenguaje escrito hay maneras de decir rutinarias y escolásticas, (que se llaman lugares comunes y

Las obras de imitación realista, den o de tal o cual fórmula escolástica — constructiva, impresionista, clásica, etc. — superficiales, son, tanto como los análisis cerebrales de la forma, del espacio, de la sensación de los futuristas, cubistas y ultra-modernos, simples desviaciones, cuando no mistificaciones, del arte verdadero. Las artes plásticas deben dar en el espacio lo que producen las de tiempo — es decir, la poesía y la música. Un sentido profundo e intuitivo de la vida — eso que Tolstol llamaba sentimiento religioso y que él limitaba al cristianismo, y que nosotros podemos llamar: un sentido amplio sentimiento poético, aspiración indefinida a la comprensión del mundo, a la conquista del amor y de la armonía. Eso creo que es el arte — no puedo creer que la necesidad imperiosa de ese medio de expresión no obedezca a un deseo irresistible de hurgar en el infinito sensaciones, sutiles no cristalizadas aún en conceptos. No metafísica, sino panteísmo, amor profundo por todo lo que existe.

Que la ciencia explique las verdades que arranca al misterio; el arte expresará siempre el sentimiento del hombre ante el arcano; donde toda la ciencia calla y donde sus limitadas verdades pretenden oponerse a los sentimientos amplios y generosos, el arte vuela poseída de fe y de confianza en su verdad fundamental de la armonía eterna de todo en todo.

rá desaparecer el falso arte, porque este dejará de ser un medio de vida lucrativo, el arte, el verdadero arte, no hará transformaciones sensibles y menos bruscas. Porque el artista es un hombre libre, el hombre más libre, y ha dicho siempre y dice lo que siente y quiere como quiere. Excepción en todas las épocas, lo será también más adelante, porque él, como el investigador científico y el filósofo marcharán siempre a la vanguardia de la humanidad.

ANARRO.

EXPOSICIONES

No podemos concurrir a todas las exposiciones y aunque una de las causas es el trabajo diario, la mayoría de las veces no concurrimos por constarnos que se trata de artistas que de tales tienen solamente el nombre, no siendo, en el fondo, sino vulgares mercachifles, fabricantes de telas al por mayor y por lo tanto hábiles mistificadores de aspectos superficiales. No amamos la pintura en sí misma, sin emoción ninguna, y es raro, tan raro encontrar una nota de verdadero arte, que las pocas veces que esto sucede — tan pocas! — pasa para la generalidad desapercibida. Entre la general producción aparatosa y llamativa, la obra realizada



LEONARDO — Estudio para el Cristo de la Cruz.

con amor — permanece humilde y silenciosa para los apresurados. A estos la sobriedad les parece pobreza y la emoción profunda, timidez. En nuestro ambiente, sobre todo, es difícil encontrar una nota interesante. El extranjero viene a comerciar y generalmente desde Europa prepara la plaza. El éxito está siempre en razón directa a la deshonestidad y desvergüenza empleada. Adulando a los diplomáticos y contando con la ignorancia de los que escriben de arte, más de un Romeo de Torres, más de un Guirand de Scevola, más de un italiano bendecido por Mussolini y repleto de obras malas y con el señuelo del patriotismo, llenan las bolsas de oro.

En cuanto a los artistas del país, adolecen generalmente de una fecundidad extraordinaria. Tal pintor, discreto y bien dotado, se fabrica sus cincuenta telas anuales en vez de realizar pocas y concienzudas, que denoten un esfuerzo real; hacen centenares que van marcando un progreso en el mal sentido, en el sentido de la habilidad exterior, del camouflagé, de la oquedad interior y del amaneramiento.

Contra un Fader estudioso y sincero, un Cordiviola voluntarioso y honesto, un Vena, un Botti que trabajan concienzudamente, cuántos y cuántos hay que hacen del arte simplemente un medio de vida, una fábrica de cosas "para vivir" y porque así lo quiere el ambiente", como dicen.

Así, una exposición que no quiero silenciar, la de aguas fuertes de Alfredo Guido, con asuntos inspirados en las regiones del norte, era un ejemplo evidente de lo que digo. Si Guido tiene condiciones de artista, están realmente malogradas por una producción copiosa y superficial. Las aguas fuertes de Guido carecían de valor como tales: el dibujo flojo, el aspecto algodonoso, el abuso excesivo del trapo, nos daban la impresión de un país de bruma, donde todo flota inflado e inconsistente. No habiendo íntima penetración con el medio, la visión del pintor se desliza sobre las apariencias artísticas, su sentimiento no puede detenerse sino en lo pintoresco. El mérito de estos artistas que viajan en busca de asuntos, o más bien el interés que despiertan, es un interés de cámara fotográfica, de film, de nota gráfica. Guido, sin embargo, carece de la claridad necesaria para describir y por otra parte viaja apresurado para poder aferrar el sentido profundo de las cosas.

He sentido siempre algo como la sensación de presenciar un manoseo, una profanación ante obras que pretenden hablar, nos de países lejanos, sin el amor que despierta una larga estadía indispensable. En este sentido la obra de Guido es típica, pero satisface a la moda del momento de nuestros burgueses: ese arte inapropiado en nuestras costas, llamando tales, estos extranjeros, estos europeos finiseculares, a las artes indígenas y coloniales. En fin! Puro snobismo y puro comercio, porque en verdad, para un artista el asunto, como el pájaro azul del cuento, está en su casa, en lo que le es familiar y que ama. Pero esto no siempre es cotizable, porque, desgraciadamente al verdadero pájaro azul no es comestible. En realidad, los burgueses y sus artistas, usan unos pájaros azules grandes, que llenan bien la olla. —ZERO

La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia es tiránica. PASCAL.

Strauss, "La Prensa" y la campaña de música nacionalista

En "La Prensa" del 28 del corriente apareció un extenso comentario sobre la actuación de la Filarmónica de Viena dirigida por Ricardo Strauss. Después de lamentarse el crítico del breve espacio de tiempo en que se han realizado las veinte audiciones, y en esto estamos de acuerdo, cae en el patético llamamiento de siempre: "¿cuándo las autoridades...?" etc., etc. Yo creo que debemos alegrarnos de que a las autoridades les interesen poco menos que nada los asuntos artísticos; sería peor el remedio que la enfermedad, pues se caería en lo de siempre; en que triunfarían los de espalda flexible, los capaces de hacer largas antenas, los recomendados, y sabido es que no existe artista verdadero que posea estas condiciones. En este estado de cosas cualquier párvulo musical sería "folklorista"; los agorígenes de la Patagonia vendrían a saludar al doctor Carlés e a los señores de marchas patrióticas compuestas e profesos por los músicos oficiales, y luego se trasladarían a presenciar la coronación del músico favorecido por especial recomendación del Presidente de la República o del intendente municipal.

¡No! Que dejen reventar de miseria al artista; por lo menos así seguirán con su ideal los verdaderos, que los mistificadores se irán a otra parte: a fundar revistas de "Riel y Fomento", a escribir vidalitas entre cuatro paredes, sin conocer del país topográfica y etnicamente más que el Bañerío Municipal y la bella fisonomía de don Leopoldo Lugones o la del negro Raul.

Y como lógica consecuencia de esa furia nacionalista, sigue una larga queja porque Strauss no respondió a nuestro entusiasmo llamamiento en favor de nuestra música; en una palabra, Strauss manifestó que no creía ni en los vinos ni en la música de este país, y conste que, por lo menos en lo segundo, estamos en un acuerdo perfecto de opiniones, porque ¿cuáles son los músicos con que contamos?; porque poco a poco, algunos que no son tan obsecados ni tan fanáticos, se han ido dando cuenta de que Williams, Aguirre, Drangosch, André, Pedrell, Lopez Buchardo, Hoero, Ugarte no valen todos juntos ni la coza de un burro.

¿Cree el señor crítico de "La Prensa" que un coloso como Strauss va a perder su tiempo y su buen humor en ensayar y ejecutar una "Campera" de Lopez Buchardo, que el único campo que conocerá en su vida será el campamento? ¿por cortesía?; la cortesía es cosa secundaria en un espíritu fuerte, y las más de las veces ni la siente ni la comprende; la cortesía es la etiqueta de fábrica de los tentos. Weingartner fue cortés con Lopez Buchardo; hasta lo felicitó en público.

Demasiado hizo Strauss con ejecutar "Entre las montañas", de Floro M. Ugarte; y aquí, entre nosotros, dicho sea de paso, consideramos que el "tal cosa" le sugirieron, las montañas al señor Ugarte, más valiera que se hubiera quedado en la ciudad. Debemos aspirar a imponer lo nuestro, dice el Sr. crítico; también le es dado al gusano contemplar el sol. Que lo contemple cuando se le antoje, pero que no se meta a escribir música.

El tercer punto de la cuestión es la falta de eclecticismo en los programas de la Filarmónica de Viena.

Para el señor crítico de "La Prensa", es cosa muy lógica, que, después de oír los tres primeros tiempos de la Novena Sinfonía de Beethoven, que dirige magistralmente Strauss, con una comprensión quizás no superada, salga un señor Marinuzzi a exasperarnos con música de Lick-Mangiagalli y la suya propia, y que luego reaparezca Strauss su "Zaratustra", encontrándonos, cansados, sordos y ciegos a la emoción, y asqueados además, como a quienes se ha revolcado largo rato por el fango y se les hubiesen tapado los ojos y los oídos dejándolos incapaces para apreciar los colores y los sonidos. Y este es un problema completamente democrático; música al gusto de todo el mundo: un poco muy buena, otro poco muy mala, así hay contrastes y el público queda contento. Gracias al concepto del programa ecléctico, hemos oído a Zandonani junto a Beethoven, a Respighi junto a Wagner, a Marinuzzi junto a Strauss. Esto recuerda lo que decía Maclair respecto a la impresión que le causa una exposición de pintura: "... una mujer desnuda debajo de una vaca que está paicando; un

bodegón al lado de un mar embravecido; un general que señala con el sable un tocador; Luis XV; un Apolo que toca la lira mirando una cena de cardenales o un pelotón de soldados que fusila un rano de flores". Precisamente lo que más debemos agradecer a Strauss es la nobleza en la confección de los programas: Beethoven, Brahms, Wagner, Liszt, Max Reger, Strauss, fueron los principales autores que los componían sin que se señalasen jamás absurdos como cuando intervenía Marinuzzi con su eclecticismo de mal gusto. Y esto de hacernos oír solamente música "alemana" hace patear al señor crítico, (no obstante su furor nacionalista); pero Strauss no tiene ideas tan mezquinas; no nos alarmemos; no es nacionalista; el nos dá programa "alemán" es para huir del mal gusto y sensualidad imperantes en el arte italiano y francés del presente: él nos dá arte noble, y consideramos que bastante mal se le ha pagado imponiéndole la ejecución de "Entre las montañas", de Floro M. Ugarte.

Artus KRESPEL.

Quisiera que se fundara un premio, no de 500 pesos, sino de un millón, con corona, cruces y cintas, en favor de aquel que diera una buena, sencilla e inteligente definición de esta palabra; el ESTADO. ¡El Estado! ¿qué es? ¿dónde está? ¿qué hace? ¿qué debería hacer? Todo lo que sabemos es que es un personaje misterioso y seguramente el más solicitado, el más aconsejado, el más invocado y el más provocador que pueda haber en el mundo. — BASTIAT



COYA — Divina razón, no deja ninguno

RAFAEL BARRETT

Conversaciones y otros escritos LA PATRIA

Don Tomás. — Hace tiempo que no le veo. Don Angel. — Ando muy ocupado. Don Tomás. — Conspira usted? Don Angel. — Siempre. Mi existencia sola es ya una conspiración. Soy la caja de dinamita a bordo. Don Tomás. — Se expone usted a que lo echen al agua. Don Angel. — No se atreven a menearme. Pero por muy ocupado que esté no dejo de enterarme de las ocupaciones ajenas. Don Tomás. — Que serán menos peligrosas. Don Angel. — Y más divertidas. Por ejemplo, la de fabricar patria. Don Tomás. — Se fabrica la patria? Don Angel. — Como el chocolate. Don Tomás. — Y usted no colabora. Don Angel. — Es mejor y anterior fabricar hombres. Además, no estoy en la lista. Don Tomás. — Qué lista? Don Angel. — La lista de chocolateros. Cuarenta y seis justos. Están todos los que son y son todos los que están. Son los buenos, los que han pasado a la derecha del supremo juez. Ellos únicamente pueden fabricar la patria. Unicamente ellos; cuarenta y seis habitantes entre un millón. Son pocos, eh? Don Tomás. — O muchos. A veces la patria la ha fabricado un hombre. Cuarenta y seis es un número excesivo. Y cómo se arreglarán los cuarenta y seis? Don Angel. — No tienen más que "conferenciar", "cambiar ideas" y "ponerse de acuerdo". En cuanto estos apreciables ministros diplomáticos, catedráticos, médicos, abogados y periodistas (cuarenta y seis justos) se decidan, habrá dado solemnemente principio la patria paraguaya. Qué tal? Don Tomás. — Muy interesante. Quizá demasiado nuevo. No recuerdo que ninguna patria se haya constituido así. Verdad que soy poco fuerte en historia. Roma, si no desvarío, tuvo un origen más humilde. Estoy casi seguro de que no la inventaron los diplomáticos. Me equivoco? Don Angel. — Amigo mío, a Roma la han inventado los historiadores. Don Tomás. — Y para cuando es la emisión? Don Angel. — Tal vez coincida con la del Banco en proyecto. Es que no bastan los chocolateros. Hacen falta ingredientes. Don Tomás. — ? Don Angel. — Si. Azúcar, cacao, canela. Don Tomás. — ? Don Angel. — Como quiere y patria sin un museo paleontológico. Don Tomás. — Paleontológico? Don Angel. — Y otro histórico, y otro de pinturas? Don Tomás. — Pero ¿quién se ocupa aquí de paleontología? ¿Quién pinta? Don Angel. — Y qué importa que no haya pintura. Lo esencial es que haya museo. Que haya oficinas, jefes de sección, directores generales; que haya burocracia. Burocracia! La burocracia es la patria. Don Tomás. — Evidentemente. ¿Por qué se alborota usted?

Don Angel. — Porque no me acostumbro a lo de todos los días. Al contrario. Los demás se hacen a golpes. Se les encallece el lomo. Después de unos cuantos años de contemplar monstruosidades se familiarizan con ellas, las sonríen y las acompañan. Si una infamia ha durado lo suficiente la llaman ley natural. Con esta educación lo bello les parece monstruoso, lo noble infame, la razón anarquismo. No me acostumo. Y qué lenguaje! Un militar desea ascender: "ah! la patria". Un diputado pretende hacer aprobar la resolución que le enriquece: "ah! la patria!". Un caballero ansía un viaje a Europa: "ah! la patria", la patria lo exige. Qué sería de la patria sin el ascenso del militar, la combinación parlamentaria del diputado y el viaje del caballero? Y no se trata de servir la patria, sino de fabricar la patria, figúrese usted! No habrá sacrificio pequeño. Don Tomás. — Siquiera permita usted que la patria sea útil a unos cuantos. No sea usted intransigente. Don Angel. — Soy intransigente, con igual derecho que usted es infante. Sobre la patria está la humanidad. Si para que haya patria es preciso que la exploten cuatro burócratas, a expensas de la mayoría productora, preferible es que no haya patria. Han cambiado los tiempos, don Tomás; antes, si la patria desaparecía, desaparecía todo. Hoy si la patria se va, quedarán los hombres. Don Tomás. — Bueno. No le discuto. Sabe usted que soy especialista, enemigo de lo poético. Le digo lo siguiente: que acabará usted mal. Piense en sus nenes. Don Angel. — Porque en ellos pienso con amor infinito no callaré nunca.

Pedro Kropotkin — Conferencias

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volumen de las Conferencias de Kropotkin. — Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volumen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: El principio esencial de las sociedades modernas — Siervos del Estado — El Impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El Impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX — Los monopolios en la Inglaterra constitucional — En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades industriales — La alta finanza — La guerra y la industria — Crisis industriales debido a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado puede ser un instrumento de emancipación de los trabajadores — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.

Precio del tomo \$ 0,50 Encuadernado en tela \$ 1,50

M. Guyau

LA VIDA

Existencia y vida; desde el punto de vista fisiológico, implica nutrición; por consiguiente, apropiación, transformación para sí de las fuerzas de la naturaleza: la vida es una especie de gravitación sobre sí. Pero el ser necesita siempre acumular un exceso de fuerza hasta para tener lo necesario; el ahorro es la ley misma de la naturaleza. ¿En qué se convierte este exceso de fuerza acumulada por todo ser sano, esta superabundancia que la naturaleza consigue producir? — Podrá, desde luego, gastarse por la generación, que es un simple caso de nutrición. "La reproducción — dice Haeckel (1) — es un exceso de nutrición y de acrecentamiento, por virtud del cual una porción del individuo se erige en todo independiente". En la célula elemental, la generación toma la forma de una simple división. Más tarde, una especie de distribución del trabajo se hace, y la reproducción convierte en una función especial cumplida por las células germinales: es la esporogonia. Más tarde, en fin, dos células, una ovularia y espermática otra, se unen y se confunden para formar un nuevo individuo.

Esta conjunción de dos células no tiene nada de misterioso: el tejido muscular y el nervioso resultan en gran parte de estas funciones celulares. Sin embargo, se puede decir que con la generación sexual o anfiblogía empieza para el mundo una nueva fase moral. El organismo individual cesa de estar aislado; su centro de gravedad cambia por grados, y cada vez cambiará más.

La sexualidad tiene una capital importancia en la vida moral: si, por un imposible, la generación asexual hubiera prevalecido en las especies animales, y finalmente en la humanidad, la sociedad apenas existiría. Se ha notado, desde hace mucho tiempo, que los celibes de uno y otro sexo, los eunucos, son habitualmente más egoístas; su centro permanece siempre en lo más profundo de ellos mismos, sin oscilar jamás. Los niños también son egoístas; aun no tienen un exceso de vida que derramar fuera. Es hacia la época de la pubertad cuando sus caracteres se transforman: el hombre joven tiene todos los entusiasmos, está dispuesto a todos los sacrificios, porque en efecto, es menester que sacrifique alguna cosa de sí, que se disminuya en una cierta medida; vive demasiado para no vivir más que para sí mismo. La época de la generación es también la de la generosidad. El anciano, al contrario, se siente con frecuencia inclinado a volverse egoísta. Los enfermos tienen las mismas tendencias; todas las veces que el caudal de vida está disminuido, se produce en el ser entero una necesidad de ahorrar, de guardar para sí; se vacila en dejar filtrar al exterior una gota de la savia interna.

La generación tiene, como primer efecto, el producir un agrupamiento de los organismos, crear la familia, y por ésta la sociedad; pero este es uno de sus efectos más visibles y más groseros. El instinto sexual, acabamos de verlo, es una forma superior, pero particular, de la necesidad general de la fecundidad. Ahora bien; esta necesidad, síntoma de un exceso de fuerza, no obra solamente sobre los órganos especiales de la generación, acciona sobre el organismo entero; ejerce en todo el ser una especie de presión cuyas diferentes formas vamos a enumerar:

1. Fecundidad intelectual. — No sin razón se han comparado las obras del pensador a sus hijos. Una fuerza interna obliga al artista a proyectarse al exterior, a darnos sus entrañas, como el pellicano, de Müssel.

2. Fecundidad de la voluntad. — Tenemos necesidad de producir, de imprimir sobre el mundo la forma de nuestra actividad. La acción ha llegado a ser una especie de necesidad para la mayoría de los hombres. La forma más constante y más regular de la acción es el trabajo, con la atención que exige. El salvaje es incapaz de un verdadero trabajo, tanto más cuanto mayor es su degradación. Los organismos que entre nosotros son los residuos todavía vivientes del hombre primitivo — los criminales — tienen generalmente como rasgo distintivo el horror al trabajo. No se aburren en la holganza. Se puede decir que el aburrimiento es, en el hombre, un signo de superioridad de fecundidad del querer. El pueblo que ha conocido el spleen es el más activo de los pueblos.

3. Fecundidad de la vida. — Lo mismo que la sensibilidad quiere ejercitarse. No somos bastante lágrimas de las que hacen falta para nuestros propios sufrimientos; más goces en reserva de los que justifica nuestra propia felicidad. Es menester dirigirse a otros, multiplicarse uno mismo por la comunidad de los pensamientos y de los sentimientos.

De ahí una especie de inquietud en el ser demasiado solitario, un deseo no logrado. Cuando se experimenta, por ejemplo, un placer artístico, se querría no ser sólo a gozar. Se desearía hacer saber a otro que uno existe y siente, sufre y ama. Se querría despedazar el velo de la individualidad. — Vanidad? — No, la vanidad está muy lejos de nuestro pensamiento. Es más bien lo contrario al egoísmo. Los placeres muy inferiores, esos son a veces egoístas. Cuando no hay más que un pastel, el niño desea ser solo a comerlo. Pero el verdadero artista no querría ser solo en ver alguna cosa cierta, en experimentar un sentimiento generoso (2).

Hay, en esos placeres elevados, una fuerza de expansión siempre pronta a romper la estrecha envoltura del yo. En presencia de ellos se siente uno insuficiente, hecho sólo para transmitirlos, como el átomo vibrante del éter transmite de un punto a otro el rayo de luz sideral que lo atraviesa, y del cual no retiene más que el estremeamiento de un instante.

Con el tiempo el trabajo se hará cada vez más necesario para el hombre. Pues bien, el trabajo es el fenómeno a la vez económico y moral en que mejor se concilian el egoísmo y el altruismo. Trabajar es producir y producir es ser a la vez útil a sí mismo y a los demás. El trabajo no puede convertirse en peligroso más que por su acumulación bajo la forma de capital; entonces puede adquirir un carácter francamente egoísta y, en virtud de una contradicción íntima, conducir a su propia supresión por la misma ociosidad que permite. Pero bajo su forma viva, el trabajo es siempre bueno. A las leyes sociales corresponde impedir los nocivos resultados de la acumulación de aquí — exceso de ociosidad para uno mismo y de poder sobre los demás — como se vigila para aislar las pilas eléctricas demasiado poderosas.

Hay necesidad de querer y de trabajar no sólo para sí, sino también para los demás. Es preciso ayudar a los otros, contribuir con el propio esfuerzo a empujar el coche que la humanidad arrastra pensativamente, en todo caso moverse alrededor. Una de las formas inferiores de esta necesidad es la ambición, donde no hay que ver únicamente un deseo de honores y de notoriedad, sino que es también y ante todo una necesidad de acción y de palabra, una abundancia de la vida bajo su forma un poco grosera, de potencia motriz de actividad material, de tensión nerviosa.

Ciertos caracteres poseen sobre todo la fecundidad de la voluntad, por ejemplo, Napoleón I; éstos cambian la faz del mundo con el fin de imprimir en él su oficio: quieren substituir, por la suya, la voluntad ajena, pero tienen una sensibilidad pobre, una inteligencia incapaz de crear en el amplio sentido de la palabra, una inteligencia que no vale por sí misma, que no piensa por pensar y de la cual hacen el instrumento pasivo de su ambición. Otros, al contrario, tienen una sensibilidad muy desarrollada, como las mujeres, (que han representado tan gran papel en la evolución humana y en el establecimiento de la moral), pero carecen frecuentemente de inteligencia o de voluntad.

En suma, la vida tiene dos aspectos: por el uno es nutrición y asimilación por el otro producción y fecundidad. Cuanto más adquiere más necesita gastar: esta es su ley. El gasto no es fisiológicamente un mal; es uno de los términos de la vida. Es la espiración que sigue a la inspiración.

Por lo tanto, el gasto para los demás que exige la vida social no es, hecha la cuenta, una pérdida para el individuo; es un engrandecimiento apetecible, y hasta una necesidad.

El hombre libre quiere convertirse en un ser social y moral; permanece siempre atormentado por esa idea. Las delicadas células de su cerebro y de su corazón, aspiran a vivir y a desarrollarse, del mismo modo que esos "homunculi" de que habla Renán en alguna parte; cada uno de nosotros siente en sí mismo una especie de crecimiento de la vida moral, como el de la savia física. Vida es fecundidad y, recíprocamente, la fecundidad es la vida rebosante, es la verdadera existencia. Hay una cierta generosidad inseparable de la existencia, y sin la cual se muere. Se agosta uno interiormente. Es preciso florecer: la moralidad, el desinterés, es la flor de la vida humana.

Se ha representado siempre a la caridad como una madre que tiende a los niños su pecho lleno de leche; es porque en efecto la caridad se confunde con la fecundidad desbordante, es como una maternidad demasiado grande para limitarse a la familia. El seno de la madre necesita bocas ávidas que lo agoten, el corazón del ser verdaderamente humano requiere también hacerse dulce y compasivo para todos: hay en el mismo bienhechor un llamamiento interno en favor de los que sufren.

Hemos comprobado, hasta en la vida de la célula ciega, un principio de expansión que hace que el individuo no pueda bastarse a sí mismo, la vida más rica es también la que se encuentra más llevada a prodigarse, a sacrificarse en una cierta medida, a partir con los otros. De donde se sigue que el organismo más perfecto será también el más social; y que el ideal de la vida individual es la vida en común. Por eso se halla colocada de nuevo en el fondo mismo del ser, la fuente

de todos esos instintos de simpatía y de sociabilidad que la escuela inglesa nos ha mostrado con mucha frecuencia como adquiridos artificialmente en el curso de la evolución, y por consiguiente como más o menos adventicios. Estamos lejos de Bentham y de los utilitarios, que tratan de evitar en todas partes la pena, que ven en ésta el enemigo irreconciliable: es como si no se quisiera respirar demasiado fuerte por miedo a gastarse. En el mismo Spencer hay todavía mucho utilitarismo. Con frecuencia, además, mira las cosas exteriormente, no ve en los instintos desinteresados más que un producto de la sociedad. Nosotros creemos que hay, en el mismo seno de la vida individual, una evolución correspondiente a la evolución de la vida social y que la hace posible, que es la causa en vez de ser el resultado.

(1) Morfología, II, 16. (2) Es preciso, no obstante, distinguir aquí entre el goce del artista, que es siempre fecundo, por consiguiente generoso, y el del aficionado al arte, que puede ser estrecho y egoísta, porque es totalmente estéril. Véanse nuestros Problemas de la estética contemporánea.

NOTICIAS

LOS PRINCIPIOS ANARQUISTAS

El Congreso reunido en Saint-Imier declara:

- 1. Que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado; 2. Que toda organización de un poder político sedicente provisorio y revolucionario para llegar a tal destrucción no puede ser sino un engaño más y tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos hoy existentes; 3. Que rechazando todo compromiso para llegar al cumplimiento de la Revolución Social, los proletarios de todos los países deben establecer, fuera de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria.

ESTAMOS TODOS LOCOS?

Todos los humanos, hombres y mujeres, estamos más o menos locos en ciertos períodos de la vida. Esto lo dice el doctor Owen Copp, médico yanqui, director del manicomio de Pennsylvania, y añade que hay muy pocas familias en las que no se registre algún caso de locura cada dos o tres generaciones.

Según el mismo doctor, las personas entre cuyas ascendientes no hay rastros de demencia, se hallan en ciertos períodos al borde de la locura. Otro especialista inglés en enfermedades mentales corrobora tales teorías y dice que en general es exacta la opinión del médico americano, aunque parezca sorprendente.

Todos los individuos atravesamos ciertas crisis, durante las cuales estamos locos, pero no lo suficiente para que haya necesidad de recluirlnos en un manicomio. Los sujetos que se dedican a ocupaciones artísticas, dice el doctor, tales como la música, la pintura o la literatura, son quizá los más locos de todos los que viven entre nosotros.

Otro doctor que ha hecho un estudio de los desórdenes mentales, declara que es muy difícil hallar un hombre perfectamente cuerdo. "Un hombre así, añade el doctor, sería probablemente muy pesado y muy aburrido. Su mentalidad sería incolora y fría, y su vida ordenada y regulada como una máquina. El hombre completamente cuerdo no tendría imaginación, puesto que imaginación es en cierto modo locura. Nunca sería intensamente feliz ni intensamente desgraciado, sino que se hallaría siempre en un término medio. Los que más se aproximan a este tipo son los financieros, los jueces, los banqueros y, en general, los hombres de negocios."

UNA LLUVIA DE AZUFRE EN TOLOSA (Languedoc — Francia)

Leemos en La Nature, que los tolosanos que el 24 de abril último se dirigían a su trabajo a una hora matinal se vieron de asombro al percibir el suelo cubierto de un polvo finísimo y amarillo que a simple vista parecía flor de azufre.

En verdad, la lluvia había limpiado el suelo, y el polvo se encontraba, por efecto del agua, formando montones y aureolas en el borde de los desagües.

La presencia de esta substancia en todas las calles de la ciudad descartaba la hipótesis de algún desperdicio de fábrica, o la de una materia caída de un vehículo en marcha. Nadie dudó de que este polvo había caído del cielo.

En efecto, las personas que transitaban entre las cuatro y las cinco de la mañana habían asistido a ese fenómeno. Soñaba un viento del oeste, y después de la caída del polvo comenzó a llover copiosamente.

A la mañana se habló de lluvia de azufre, pero los investigadores que se apresuraron a recoger la substancia amarilla y a someterla a la prueba del microscopio, comprobaron que se trataba, una vez más de una lluvia de polen de pino. Estos granos de polen, tan característicos, llevan cada uno dos pequeños glóbulos, que son verdaderas bolsas de aire. Gracias a este dispositivo, el polen de las flores de pino es excesivamente liviano, y susceptible de ser transportado por el viento a grandes distancias.

Los plios, como otras grandes comiferas, son un ejemplo particularmente interesante de plantas anemófilas, término que quiere decir: fecundadas por el viento.

Esa caída de polen tan abundante que ha cubierto toda la ciudad, hasta 25 kilómetros por lo menos en dirección de Montauban, provenía ciertamente de los bosques de pinos marítimos de Landes; el polvo había sido transportado por el viento que sopla del oeste.

En la región de Mont-de-Marsan esas caídas son frecuentes y no asombran a nadie.

Se admite fácilmente que el viento pueda transportar sobre un largo trayecto una substancia tan liviana como el polen, si se tiene en cuenta que algunas veces transporta sapositos en cantidad, innumerables aspirados por trombas en el lugar de origen.

Se comprende sin esfuerzo toda la importancia biológica, para la propagación de las especies, del transporte a grandes distancias, en condiciones favorables, de polen, de esporos, de huevos y hasta de animales pequeños, como los batracios o los peces.

POESIA MODERNA

He aquí algunos párrafos que sobre la poesía francesa escribe Marcelo Fabri en la Revue de la Epoque, perfectamente aplicables a la nuestra.

"La poesía no muere. Está bien viva y lejos de agonizar. Pero desde hace unos años está en tren de exteriorizar su doble: a la poesía de conceptos agrega la poesía de hallazgo ingenuo, y es preciso convenir que está recibiendo desde significación algo, puesto que espíritus cultos y artísticos encuentran en ella satisfacciones. Esta es una de las consecuencias ineluctables de la evolución producida por las obras de los genios igualmente grandes: Rimbaud y Mallarmé. Las iluminaciones mentales del uno y la supresión del término de comparación que inaugura el otro; después de habernos parecido que abrimos un campo casi infinito, conduciendo gradualmente a la poesía hacia una especie de callejón sin salida, que actualmente termina en la jeringa de Pravaz. Si a medida que caen bajo el golpe de los años o bajo el cartucho de los diminutos los árboles de poemas, cuyo rubor nos meca antes mientras entre el arroyo majó cantaban los ensueños — he aquí que en el claro abierto, una numerosa ve-

getación de hongos, curtidors, raros, pero desordenados, se multiplica rápidamente e impide el crecimiento de un nuevo árbol. A — ¿A quién puede llamarse poeta en el 1923? B — A todo joven teniendo o no cultura: el poeta de trouville no le es preciso conocer su idioma. Los ejemplos de extranjeros que sin poseer el francés tienen tanto éxito en el género como cualquier, toman en cuanto a nuestra afirmación el valor de una demostración. La sintaxis ha desaparecido. El temor al ridículo es un espantajo al pie del árbol. En fin, la cultura general es absolutamente innecesaria y fastidiosa al mayor número de neófitos.

A — ¿Y quién se interesa por los poetas en el 1923? B — Los poetas mismos, reunidos en pequeñas capillas. Los bibliófilos que no leen jamás, y los snobs que hoy en día viven en marcha. Nadie dudó de que este polvo había caído del cielo.

Realidades, Verdades

Se juzga de un gobierno por su papel moneda. Al ver estos infelices cupones que circulan de mano en mano, vehículos de todos los microbios conocidos, y desconocidos, no es difícil llegar a la conclusión de que un gobierno, reducido a tales expedientes, es el mismo de una hedionda moral repugnante. Este papel infecto, roto, manchado por todos los miasmas que se toman con la punta de los dedos y con asco, es la imagen exacta de la moral y de la política de que somos víctimas y que nos asesinan un poco más cada día.

Se franquear las cartas que no llegan a su destino. Se toma un trín que descañilla. Se da dinero en cambio de servicios ficticios. Se paga, por hacerse, asesinar y robar. ¡Esto es lo que se llama civilización!

Cuando se quiere salir de un país, los hombres es necesario, a veces, usar precauciones oratorias. Mejor es solventar la dificultad con el arma de la ironía que sirve para todo. Se puede alabar la generosidad de las gentes, cuando no tienen ninguna y su genio cuando no poseen ni sombra de talento. Acaban por comprender que se burlan de ellos.

Los "hermosos gestos" son raros en un tiempo en que las gentes honestas están en minoría. Sólo el interés guía a los industriales, el sentimiento, les falta por completo. Si en lugar de buscar por todos los medios a perjudicarse, los hombres se ayudaran, la vida sería más soportable. Pero intentan predicar el amor del prójimo a los mercaderes, a los mundanos, a los políticos, a toda esta ralea ceca, insolente no tiene nombre y que dedica su tiempo a complicar la vida. Hablad de bondad y de humanidad a los asesinos, de libertad a los esclavos, de honradez a los ladrones, de lealtad a los traidores, de belleza a las almas cuya fealdad es infinita. Es hablar en desierto.

La muchedumbre es tan cobarde cuando aclama al vencedor e insulta al vencedor en un combate de boxeo, como cuando injuria al vencido y lleva en triunfo al vencedor. En los dos casos es parcial y no obedece más que a sus pasiones. Lo que prueba que el amor patriótico está por encima del amor a los deportes. Gerard de LA CAZE-DUTHIERS.

Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo

Versión española de la conferencia pronunciada por Rudolf Rocker en el congreso de Erturt

VII y último.

Todo el mundo sabe que no se asocia uno sin determinados motivos y fundamentos con otros. Para que haya una asociación es necesario que existan intereses comunes, principios y convicciones comunes. Y ahora se nos dice que esos principios y convicciones comunes se convierten en leyes desde el momento en que son reunidos en forma de una declaración de principios. Compañeros, yo pregunto: ¿no es esa una idea fecunda para esbozar absurdas caricaturas? Si la existencia de determinados artículos es un insulto contra la libertad, todo trabajo que se publique en nuestra prensa y que exponga claramente nuestras ideas hay que rechazarlo igualmente; y sobre todo un congreso entre nosotros sería inútil y no pasaría de ser un derroche de tiempo.

Yo puedo comprender que no se está completamente de acuerdo con ciertos detalles de una declaración de principios y que se aspire a una modulación diversa de los mismos. Esto es lógico y comprensible. Una declaración de principios es también una obra humana y no encierra en sí ninguna verdad absoluta para todos los tiempos. Por consiguiente, no es ningún tabú inviolable que no se puede tocar; está sometido a los mismos cambios de todo lo que el hombre ha creado.

Pero hay que decir que no se está de acuerdo con esto o con aquello, y que se proponen otras formas sobre las que se puede discutir y convenir. Pero en tanto que exista una sociedad humana, habrá también principios y resoluciones entre los hombres, porque en ellas se expresa la solidaridad ideal de los determinados grupos humanos. Si no hay nada común que nos une, si toda resolución es una "ley" que debe ser rechazada, entonces podemos asociarnos lo mismo con los socialistas nacionales de Hitler... Véis, compañeros, a dónde llegamos con una lógica semejante.

En el congreso anterior de Düsseldorf fué muy empleada la palabra "oposición", pero debo confesar que de todas las deposiciones banales que fueron expresadas allí en daño del movimiento difícilmente se deduciría una demanda clara y comprensiva. El espíritu de la odiosidad que estaba acuñado singularmente en algunos, influyó demasiado en los debates para que hubiese sido posible un resultado fecundo y un reconocimiento claro de las diferencias objetivas. De los adversarios de la vieja Comisión administrativa fué Bertold Kahn el único que intentó exponer objetivamente determinadas ideas y diferencias de opinión; pero los espíritus estaban tan apasionados que tampoco se podría deducir nada palpable de este intento.

Ahora la oposición hizo al congreso algo más fácil su trabajo al dar a sus exigencias concretas por medio de sus abogados una formulación concreta, y justamente en un manifiesto a los miembros de la F. A. U. D., que vió la luz en mayo de este año. Claro está, no entraré en la parte explicativa de ese manifiesto, que todos conocéis. Puedo decir que esa parte está penetrada del mismo espíritu que hemos conocido en algunos en Düsseldorf. Repito otra vez: con tales métodos no se defiende una buena causa, y yo juzgaré los mismos siempre de igual modo, procedan de quién procedan. Por tanto, fijaré mi oposición respecto de las demandas puramente objetivas del manifiesto berlinés y me permitiré dar mi opinión al respecto. Se lea allí:

- 1° Abolición de toda centralización
 - a) en la prensa;
 - b) en la agitación.
- 2° Transformación del "Syndicalist" en una revista científica mensual para el sindicalismo y el anarquismo que editará la Comisión administrativa.
- 3° Todo distrito de agitación publicará un órgano
 - a) si un distrito de agitación es demasiado débil para ello, lo publicará en común con otros;

b) si las fuerzas financieras y organizadoras lo permiten se deben publicar órganos propios por las Bolsas obreras y eventualmente también por las descentralizaciones de industria para llevar a la descentralización tan lejos como sea posible".

Compañeros: con la mejor voluntad no puedo comprender con qué motivo se quiere transformar repentinamente el "Syndicalist", que es un periódico bien orientado, en una revista mensual. La misma oposición no se ha ocupado de decir hasta ahora que el modo de escribir del "Syndicalist" no corresponde a nuestros principios, o que la redacción no vale. ¿O es que ven un signo de centralismo en que el periódico publique hoy 78.000 ejemplares? No comprendo por qué los compañeros que están hoy del lado de la oposición han sido en otro tiempo calurosos defensores de la idea de un diario, en el que, según su opinión, debe ser todavía mayor el peligro de una "centralización". El hecho es que en Italia, por ejemplo, una gran parte de los compañeros anarquistas han combatido agudamente por el mismo motivo al diario *Unità Nova*, dirigido por nuestro viejo y benemérito camarada Malatesta.

¿Y no habéis reflexionado sobre el alcance de unas proposiciones parecidas? Tenemos un periódico que publica 78.000 ejemplares y propaga nuestras ideas; ¿debemos despedirnos de un arma tan preciosa porque algunos de entre nosotros husmean el centralismo en la existencia de un órgano semejante? Compañeros: dejádmelo decir honestamente que me falta en absoluto la razón de una pretensión semejante. Pero es significativo que esta proposición que quiere apartar el supuesto centralismo de nuestro movimiento es una emanación directa de la ideología puramente centralista. En primer lugar el congreso no tendría derecho a tomar ninguna resolución en el sentido de las resoluciones hechas. Más bien debe dejarse a las federaciones particulares de industria o a las provincias la tarea de juzgar si sobre todo están en situación de editar órganos propios. Por una resolución de arriba no se pueden obligar esas cosas, sobre todo en las actuales circunstancias en que la fundación de un periódico está ligada a más dificultades que antes. Pero a la publicación de un periódico corresponden otras cosas todavía. Se necesitan los redactores, los colaboradores, etc. Pero esto exige capacidades y conocimientos especiales de que no dispone todo compañero. ¿Es posible sostener que todo eso se puede crear repentinamente por medio de una resolución? Si fura ese el caso, entonces debo confesar que yo sería hoy centralista todavía. Si no son necesarias más que resoluciones para suscitar redactores, colaboradores, etc., entonces podemos colgar tranquilamente en la pared nuestro federalismo. La desgracia es que estos productos de una fantasía exuberante no dejan de ser cuadros de la fantasía tan pronto como llegan al contacto de la cruda realidad. Hay cosas cuya realización exige algo más que una resolución platónica.

Se afirma que por medio de una centralización semejante de la prensa "se apartará el monopolio de la opinión, que se encuentra, naturalmente, en una parte pequeña de los compañeros". Un periódico se es siempre más o menos reflejo de la personalidad de su editor. Tengo hasta la más íntima opinión de que los mejores periódicos han sido aquellos tras los que estuvo una fuerte personalidad. Cuanto menos se importune a los compañeros de esa especie con comisiones de prensa y otras cosas por el estilo, tanto mejor para todo el movimiento. Estos son hechos a los que debemos acomodarnos, nos sean o no agradables. El que el periódico influya en un círculo de lectores mayor o menor no hace al caso. Será siempre una pequeña minoría la que pueda asumir la tarea de la colaboración en un periódico. Claramente, sería mejor si no fuese así

y si cada compañero dispusiese de una cierta cantidad de capacidades de escritor, pero la experiencia nos ha dado hasta aquí otro panorama, y las resoluciones más herméticas no podrán cambiar por ahora nada en este estado de cosas. Si queréis ver en esto un "monopolio de la opinión", podéis hacerlo; pero con eso no cambiaréis nada las cosas, aunque el movimiento dispusiese de más de una docena de periódicos, lo que deseo de todo corazón. Hasta ahora no podéis reprochar al camarada Souchy, el redactor de nuestro periódico, que haya saboteado una opinión cualquiera, y eso es todo lo que podemos exigir respecto a la tolerancia frente a las opiniones. En una polémica entre Souchy y Pogonsky, que se realizó no hace mucho en el "Syndicalist" y que llegó a adquirir un carácter algo irritado, sostuvo Pogonsky que eso apoyaba la recitividad de su proposición sobre la descentralización de la prensa. Pero en realidad eso no significa nada. La discusión en la prensa es en primer lugar una cuestión de temperamento y de gusto personal. En ella no cambiaréis tampoco nada si en lugar de uno ponéis cien periódicos, hasta en el caso de que cada miembro de nuestra organización dispusiera de un periódico propio.

Si alguna instancia hubiera hecho en nuestro movimiento el ensayo de querer prohibir a los compañeros de un cierto distrito o de una federación la fundación de un periódico propio, entonces sería justificado el reproche de aspirar a la centralización de la prensa; pero todos sabéis que esto no aconteció nunca y además existe la resolución de un congreso que confirma superfluo ese derecho de toda federación. Soy de opinión que donde es dada la posibilidad y la necesidad a los compañeros de una región, tendrán por sí mismos las iniciativas y fundarán periódicos de acuerdo a sus necesidades propias, pero que por resoluciones mecánicas de arriba o abajo no se puede hacer nada. O tales resoluciones quedan sólo en el papel, — y entonces son ridículas — o, en caso de que se quieran realizar de un modo mecánico, el resultado sería un fracaso seguro.

Siganos: En el manifiesto de la oposición berlinesa leemos lo siguiente, en el párrafo 4:

"Regulación de la edición de folletos y libros de modo que todo distrito de agitación se encargue temporalmente, según la serie de las ediciones de la editorial. Así se impedirá la acumulación del capital, que equivale al poder".

Compañeros, ¿habéis reflexionado alguna vez sobre eso? ¿Creéis realmente que es posible trasladar un gran negocio editorial, no importa cuál, hoy de Berlín a Elberfeld y mañana de allí a Munich? El que hizo tal proposición no tiene el concepto más insignificante de lo que es una editorial con sus múltiples y complicadas ramificaciones. Sólo en Alemania es posible que se pudiera hacer una proposición tan insensata. En cualquier otro país estaría completamente excluida. Desde que existe nuestro movimiento hemos visto siempre que tales empresas se concentran en determinados lugares, sea porque se dieron allí las mejores condiciones para el éxito de las mismas, sea porque estaban allí a su disposición las mejores fuerzas. De ese modo la editorial "Freie Arbeiter" editó antes de la guerra a lo menos el 99 por ciento de toda la literatura anarquista en Alemania. Lo mismo debe decirse de la editorial "Erkenntnis und Befreiung" de Viena, de la editorial "Freedom" de Inglaterra, antes de "Temps Nouveaux", actualmente de la librería "Le Libertaire", de París y de muchas otras empresas análogas en todos los países del mundo. Pero nunca hubo compañeros que hicieran en esos países una proposición parecida, si bien allí hay tan buenos anarquistas y sindicalistas como aquí. Al contrario, los compañeros estuvieron allí extremadamente agradecidos de que este excelente trabajo fuese realizado por algunos camaradas para prosperidad de todo el movimiento. Hasta los anarquistas individualistas han obrado según los mismos principios. Recuerdo solo la editorial "Liberty", dirigida por Tucker en Boston, en la que se editó por lo menos el 90 por ciento de toda la literatura del llamado anarquismo individualista del mundo.

Nunca se ha presentado el caso de que los compañeros se hayan ocupado en un congreso anarquista o sindicalista del

asunto de una editorial ambulante. Un fenómeno tan bochornoso nos estaba reservado solamente a nosotros. Los autores de esa proposición saben muy bien que en la editorial "Der Syndicalist" no se puede hablar de una acumulación del capital, pues todas las publicaciones son vendidas a un precio que cubre justamente los gastos de impresión y administración. De otro modo no sería posible dar ediciones tan asombrosamente baratas. Ningún hombre razonable es contrario a que los compañeros trabajen en otras ciudades por la fundación de una editorial propia. Están en su derecho, que nadie puede rehusarles. Pero los compañeros de esas ciudades no podrán realizar algo si no trabajan de acuerdo a las mismas bases que lo hace hoy la editorial "Der Syndicalist". Una editorial no es un campamento ambulante de gitanos.

Podría comprender que se hiciera a la editorial el reproche de no haber procedido rectamente en la elección de las obras publicadas, pero de esto no se habla porque se sabe muy bien cuán grandes e inapreciables servicios se ha ganado la editorial "Der Syndicalist" para el movimiento sindicalista y anarquista en idioma alemán. Si tuviéramos la intención de destruir en pocos meses todo lo que se ha construido en largos años de fatigoso y lento trabajo, sólo necesitaríamos aprobar la proposición de la llamada oposición. Yo sostengo, camaradas, que dos años más tarde no aparecería un folleto más.

De los demás puntos que contiene el manifiesto, sólo merece consideración el párrafo 5, que dice así:

"La agitación debe realizarse por los distritos de agitación o por las Bolsas obreras provinciales.

Este es un punto que yo apruebo completamente. Pero para esto no hubiera sido necesario ni un manifiesto especial ni una lucha desgraciada. Ya en el congreso de Berlín, en 1919, se trató de la regulación del problema sobre esa base. Se declaró expresivamente que allí donde existen federaciones de industria y comisiones de agitación, éstas debían considerar el problema de la propaganda local, y que solo en las localidades donde no existen tales corporaciones, la Comisión administrativa ayudaría con oradores apropiados. Esto se hizo hasta aquí en la mayor parte de los casos, como puedo comprobar por experiencia propia. Y donde no se hizo tienen la culpa la negligencia de los compañeros u otras causas tal vez. En todo caso no habría nada que objetar si la agitación oral fuese trasladada completamente a las corporaciones regionales y la Comisión administrativa no tuviera nada que ver con ese problema.

Esto es todo lo que tenía que decir sobre esta relación. Compañeros, guardémosnos de entrar en caminos que no sólo nada tienen que hacer con los principios federalistas, sino que son apropiados para transformar nuestro movimiento en poco tiempo en un montón de ruinas. Declaro nuevamente que nada hay perfecto bajo el sol; tampoco la organización federalista está bastante garantizada contra las impugnaciones más diversas y, por consiguiente, es nuestro deber estar alerta para preservarla de daños. Pero nunca podremos soportar que el odio personal y el ciego fanatismo envenenen nuestras relaciones mutuas y creen una atmósfera de la que solo mal puedo surgir. Y cuidémonos ante todo de las morbosas desconfianzas que oyen toser las pulgas y ven crecer la hierba. Donde se reduce a la nada la confianza recíproca, no hay más camaradería, no hay más lazo común que nos asocie como luchadores para la gran causa de la liberación humana. Compenetráos de esto, compañeros, así nos ahorraremos en el futuro idénticas discusiones.

F I N

